

¿Qué importancia puede tener la Unión Europea para una América Latina emergente?

WOLF GRABENDORFF

La globalización, los desplazamientos en los ejes geopolíticos y la crisis económica han reconfigurado los escenarios en los que se discuten las relaciones Unión Europea-América Latina y el Caribe. La pérdida de relevancia internacional de Europa coincide con avances políticos y económicos y un mayor peso internacional de los países latinoamericanos, lo cual complica aún más la formulación de una agenda común. Esto obliga a repensar el enfoque birregionalista UE-ALC en favor de discusiones más flexibles con países y bloques de países de la región, incluyendo temas hoy más relevantes como la seguridad o el cambio climático.

■ Dos regiones en un sistema internacional en cambio

Desde que se realizó la I Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea y de América Latina y el Caribe en 1999, en Río de Janeiro, se han producido cambios muy importantes y profundos en el sistema internacional que han impactado de forma significativa, pero diferente,

en las dos regiones y, sobre todo, en las relaciones entre ellas. Los efectos producidos en un sistema internacional originalmente de carácter bipolar, que ha pasado por una fase de casi unipolaridad y en la actualidad tiende a la multipolaridad, deben ser analizados con cuidado para hacer una evaluación de la actual situación de las relaciones birregionales UE-ALC. Quizá lo primero que habría que cuestionar

Wolf Grabendorff: politólogo alemán y consultor especializado en relaciones internacionales y temas de seguridad de América Latina. Fundó y dirigió (1985-2000) el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (Irela) en Madrid.

Palabras claves: birregionalismo, integración, cooperación, multipolaridad, Unión Europea (UE), América Latina y el Caribe.

Nota: este texto está basado en parte en una presentación realizada en la Jornada de Reflexión sobre las Relaciones entre la UE y América Latina llevada a cabo en Madrid el 16 de abril de 2010 y organizada por la Fundación Internacional y para Iberoamérica de Administración y Políticas Públicas (Fiiapp).

es la existencia misma de condiciones para poder hablar de un «birregionalismo». No solo la globalización ha afectado a las dos regiones, sino que se ha producido el desplazamiento del eje del poder mundial desde una configuración «transatlántica» a una «transpacífica».

Por un lado, este cambio tan radical ha afectado muy sustancialmente las posibilidades de la UE como actor internacional. Además, la crisis del euro, producida como consecuencia de la crisis financiera internacional desatada a fines de 2008 y con implicaciones para la propia integración europea, ha provocado un debilitamiento profundo de la UE como actor global. Al mismo tiempo, América Latina y el Caribe se encuentra ahora en una posición muy distinta en el contexto internacional debido, en parte, a la pérdida de influencia internacional de Estados Unidos, que durante el pasado siglo ejerció un poder hegemónico indiscutible en la región. Esa pérdida de presencia hegemónica ha facilitado la entrada de otros actores con poder creciente en el subcontinente (no solo en el campo económico, como es el caso de China), y también ha hecho más visible la notable importancia global de alguno de los actores regionales, como es el caso de Brasil. Esta tendencia lleva a la región a formar nuevas alianzas, obviamente en detrimento de las anteriores, es decir, de las europeas y las inte-

ramericanas. Ese es quizá el efecto internacional más visible de la globalización sobre América Latina y el Caribe, que se refleja también en la heterogeneidad de los modelos de desarrollo y de los sistemas políticos que ahora existen en la región –y que se consideran un obstáculo para que se produzca una actuación regional unificada frente a los otros actores internacionales–.

En este contexto, no sorprende que muchos analistas latinoamericanos estén abandonando el concepto tradicional de «triángulo atlántico» para referirse a las relaciones Europa-América Latina-EEUU, y pasen a hablar de «relaciones triangulares» incluyendo en este concepto a EEUU, América Latina y Asia. Esta nueva constelación, obviamente, complica bastante el significado de las relaciones birregionales UE-ALC por la competencia resultante por lograr el establecimiento de vínculos con nuevos actores en un entorno geopolítico renovado. América Latina tiene hoy una presencia internacional más activa y está reaccionando frente –y participando en– el proceso de reestructuración del sistema internacional con un mayor dinamismo que la propia UE. Esta última sufre el lastre de su propio proceso de ampliación e integración de nuevos países –con la consiguiente preocupación por el establecimiento de nuevas relaciones de vecindad– y, recientemente, también el de sus problemas internos a causa de la crisis del euro.

El carácter de las relaciones UE-ALC se encuentra aún más complicado por su ubicación geopolítica. América Latina dirige cada vez más su atención a las relaciones Sur-Sur, para potenciar su propio papel entre los nuevos poderes emergentes; y la UE, por su parte, presenta una notable disminución de su interés e interacción con América Latina, quizá con la excepción de algunos de los más tradicionales «amigos» de la región, como España, Portugal, Alemania y Francia.

■ Cambios en las percepciones mutuas

Los cambios tan radicales y rápidos en el sistema internacional han tenido un gran impacto en la visión que cada región tiene sobre la otra, aunque esto tampoco suponga que las percepciones mutuas existentes con anterioridad fueran por completo acertadas y apropiadas. Sin embargo, en este nuevo contexto internacional es preciso reconsiderar que, aun no siendo en realidad tan ciertas, las tres bases citadas tradicionalmente para las relaciones birregionales (los valores, los intereses comunes y una visión del mundo compartida) fueron, sin duda, un instrumento muy útil para lograr el acercamiento entre Europa y América Latina, aunque se aplicaban sobre todo en el terreno de los discursos y pocas veces quedaron reflejadas en la realidad de las políticas públicas. En todo caso, dieron lugar a que se crearan algunas de las

percepciones mutuas engañosas que, en la actualidad, resultan más difíciles de mantener y es preciso abandonar en una forma lo menos traumática posible.

Un ejemplo de ello se puede observar especialmente en la ficción creada de que «América Latina constituye una región apta para mantener relaciones birregionales». Esta percepción tiene su origen en la errónea convicción europea de que todas las regiones tendrían que pasar necesariamente por un proceso similar al de Europa, encaminándose por un curso de integración cada vez más intenso hasta llegar a desembocar en una comunidad de países con políticas armonizadas. Hoy en día parece obvio que la heterogeneidad del pensamiento político y económico de los países de América Latina y el Caribe no facilita un proceso de integración, sino que favorece la constitución de varias agrupaciones de naciones que puedan compartir modelos de desarrollo similares entre sí y busquen, de conformidad con ellos, sus específicas alianzas internacionales. Por este motivo, no resultarán fácilmente compatibles entre sí y, a pesar de los reiterados esfuerzos para crear organismos de integración capaces de representar a la región como una unidad, la concepción de un bloque regional se diluye. Por otra parte, los intentos de establecer mecanismos de gobernanza regional como la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) y la Comunidad de Estados

Latinoamericanos y del Caribe (Celac) pueden tener mayores posibilidades de éxito, ya que resultan instrumentos más flexibles que una integración del tipo europeo –hoy también muy cuestionada en su propio ámbito– y están más adaptados a las realidades geopolíticas de la región.

Al mismo tiempo, esta heterogeneidad en los diferentes agrupamientos de países provoca una mayor dificultad para que puedan definirse intereses comunes de la región latinoamericana y caribeña en su conjunto, tal y como esperaba la UE. En realidad, aquellos que se plantean como aparentes intereses comunes están más bien definidos en función de algunos intereses nacionales de ciertos países y pocas veces son compartidos por la mayoría, fenómeno que, por otro lado, ahora se está haciendo muy notable también dentro de la UE.

La ausencia de consenso regional se hace notoria en las dificultades que la UE tuvo para las negociaciones de asociación con algunos agrupamientos subregionales, como la Comunidad Andina de Naciones (CAN) o el Mercosur, incapaces de armonizar sus intereses y lograr así una cohesión dentro del grupo que permitiera llegar a acuerdos conjuntos. Al final, la UE debió optar por negociaciones individuales para lograr al menos acuerdos de asociación bilaterales con algunos de los países, como Colombia o Perú, tal y como anteriormente lo

había hecho con México y Chile. En realidad, esta fue siempre la opción preferida por algunos de los países de la región, aun cuando se declararan asociados a mecanismos de integración subregional. De esta manera, la UE ha optado por la alternativa de adoptar el «bilateralismo» –exactamente la misma política que de manera habitual sostiene EEUU en la región–, a pesar de que en el plano formal siga declarando su voluntad de fomentar los procesos de integración en América Latina –algo que no ha hecho ni hace EEUU–. Hasta ahora, y coincidiendo también con Washington, la única entidad regional con la que se ha podido realizar un acuerdo birregional de asociación ha sido la que reúne a los países de América Central.

Otra falsa percepción de la UE que precisa ser corregida es la creencia de que, como consecuencia del proceso de democratización, los países de América Latina y el Caribe se convertirían en un socio fiable para los intereses de Occidente y se alinearían automáticamente en la defensa de los «valores comunes» en el ámbito internacional. La UE apoyó fuertemente la democratización con la idea de que esta produciría más transparencia política y mayor inclusión social en estos países. Sin embargo, no contaba con que, en sociedades en transformación, la instauración de la democracia no iba a funcionar de la misma manera que en Europa, con que también serviría

para un cambio de las estructuras de poder previamente existentes ni con que la celebración regular de elecciones no conllevaría el desarrollo de los valores democráticos «comunes» en la misma medida. Expresiones como «democracia», «Estado de derecho», «derechos humanos» o «responsabilidad social» no tienen necesariamente en la mayoría de los países latinoamericanos el mismo significado que en Europa y, por supuesto, tampoco hay un consenso intrarregional sobre su significado. Así, por ejemplo, solo si se interpreta la democracia como la realización periódica de elecciones se puede sostener que existe una democracia en ciertos países latinoamericanos donde, en realidad, se mantienen regímenes caudillistas y excluyentes.

Del lado latinoamericano ha existido un malentendido muy extendido sobre la intención de la UE: se pensaba que esta contribuiría a financiar permanentemente el desarrollo social en la región. El antecedente de la asignación de fondos comunitarios otorgados durante décadas para los países de Asia, Caribe y Pacífico (ACP), todos ellos ex-colonias de diversas naciones comunitarias, contribuyó a esa falsa percepción. Las elites de algunos países latinoamericanos consideraron que podrían mantener un nivel de gasto social del Estado muy reducido y cargas impositivas muy livianas pese a registrar un crecimiento económico superior al de

algunos países europeos, y que, sin embargo, con diferentes esquemas de cooperación, los impuestos europeos financiarían en parte el gasto social y medioambiental, de manera que las mismas elites no se sintieran responsables de hacerlo. Obviamente, la reciente crisis financiera en Europa hace aún más difícil que las sociedades europeas, en vista de los recortes necesarios que se imponen a su Estado de Bienestar, estén dispuestas a continuar con el papel de «cooperante permanente».

Sin embargo, sería también un error por parte de los países latinoamericanos considerar que los problemas de la crisis del euro, que evidentemente demuestran las dificultades para sostener una unidad monetaria sin contar con una integración fiscal y política, vayan a resultar en un debilitamiento del proceso de integración europeo, que no es previsible que pueda dar marcha atrás. Los conflictos surgidos entre los diferentes Estados de la UE en 2011 sobre el camino adecuado para salir de la profunda crisis han demostrado la dificultad de aumentar la capacidad de decisión de Bruselas frente a los intereses nacionales particulares de los Estados miembros. En definitiva, esta situación revela una mayor cercanía entre las dos regiones: los problemas que provoca una falta de cohesión interna como consecuencia de diferentes modelos de desarrollo. Concretamente, y tal como

antes sucedió en América Latina y el Caribe, se plantea ahora en la UE la discusión sobre cómo enfrentar y solucionar el problema de las deudas estatales. Los países latinoamericanos ya pasaron por ese proceso y lo han acometido con diversas recetas. Algunas de ellas, como las que recomienda el Fondo Monetario Internacional (FMI), encuentran ahora tanto rechazo en Europa como antes recibieron en América Latina. Dada la rapidez con que se reestructura el sistema internacional, se precisa una corrección continua de esas percepciones mutuas, para que, adaptadas a la nueva realidad, sirvan para crear conceptos e instrumentos que permitan la construcción de una relación birregional suficientemente eficaz para influir de manera conjunta en la construcción del nuevo sistema multipolar.

■ Contextos de la relación birregional

Para entender mejor la compleja construcción de la relación birregional UE-ALC, los analistas han procurado emplear diversos métodos, como por ejemplo la medición estadística de los intercambios entre ambas regiones, el desarrollo institucional de los mecanismos de concertación birregional o la evaluación de las formas de cooperación. Pero quizá convendría contemplar esta relación también desde la perspectiva de los tres campos principales en los que se po-

drían formular políticas entre las dos partes: la política de alianza, la política de negocios y la política de seguridad.

Es evidente que ambas regiones precisan decidir ahora si en este nuevo sistema internacional les conviene llevar a cabo una más intensa política de alianza. En principio, las dos regiones enfatizan su preferencia por el sistema del multilateralismo. Sin embargo, este sistema hace más difícil la creación de alianzas tradicionales, porque estas solo pueden funcionar sobre la base de que las dos partes coincidan en las metas y los caminos escogidos y de que, además, confíen en orientarse por los mismos puntos de referencia. Hasta ahora, no parece que entre la UE y América Latina y el Caribe se den estos requisitos. Por ejemplo, el tema de la interpretación del concepto de soberanía en el ámbito internacional tiene para ambas regiones un sentido muy diferente. También falta un consenso en cuanto a los medios para alcanzar la reestructuración del sistema internacional y la aplicación de nuevas reglas multilaterales, como se ha manifestado en el ámbito de la Organización Mundial del Comercio (OMC), de los protocolos medioambientales o de tribunales penales internacionales, por ejemplo. Pero especialmente existe una grave carencia en el entendimiento sobre el reparto de los costos y beneficios para cada región de la tantas veces anunciada y esperada

asociación estratégica en el sistema multilateral.

De cara al futuro, sería necesario precisar con anterioridad cuáles son los posibles campos de interés común y ponerse de acuerdo sobre cada una de las políticas por aplicar, así como sobre el momento oportuno para hacerlo. La experiencia latinoamericana con otros socios indica que es más fácil tejer alianzas a nivel bilateral que intentar lograrlas a nivel birregional. Por su parte, la UE también ha ratificado este hecho con sus recientes acuerdos de asociación estratégica con Brasil y México, que así pasan a formar parte de un reducido grupo de países entre los que están incluidos todos los miembros del BRICS. Obviamente, resulta mucho más fácil lograr una armonización de políticas y estrategias multilaterales con actores globales como Brasil y México que con un grupo de países tan heterogéneos como el conjunto de los países latinoamericanos. Esta política muestra un cambio sustantivo del concepto de interregionalismo de la UE. También es mucho más prometedora y efectiva con vistas a la cooperación en el manejo de los temas multilaterales.

Para muchos países de América Latina y de la UE, el contexto de la política de negocios era hasta ahora el más adecuado para evaluar el vínculo birregional. Sin duda, resultaba más fácil interpretar el éxito o el fracaso con

criterios económicos estrictamente medibles. Sin embargo, el acelerado proceso de globalización y reestructuración de los flujos comerciales y su variabilidad han demostrado que no es adecuado confiar en la política de negocios como eje central de las relaciones birregionales. A esto se suma otro factor: la enorme asimetría que siempre ha existido entre las dos regiones en el ámbito económico. La diferencia de importancia entre cada uno de los actores en el intercambio comercial es muy considerable: para la UE, todo el intercambio con América Latina y el Caribe supone tan solo 3% de su comercio extrarregional y es menor que el que mantiene con un socio tan pequeño como Suiza, mientras que para los países latinoamericanos el intercambio con la UE todavía tiene gran peso, a pesar de que este rol es decreciente debido al ascenso de otros mercados emergentes, especialmente China. A su vez, el flujo inversor sigue siendo casi unidireccional desde la UE hacia América Latina y el Caribe, y la tendencia inversionista de los países latinoamericanos se enfoca ahora hacia los nuevos actores económicos, que están jugando un papel cada vez más importante en el ámbito político internacional de las relaciones Sur-Sur, y no hacia la UE. Ni siquiera un cambio en la política agraria comunitaria, que tanto han venido reclamando algunos de los países agroexportadores, tendría ya el impacto que se deseaba, puesto que hoy esas

naciones se verían concurriendo con sus productos en igualdad de condiciones con terceros países. Además, tampoco les hace tanta falta, puesto que están concentrando sus exportaciones en nuevos mercados en países emergentes. Posiblemente, para la política de negocios las mejores perspectivas se encuentren en lograr una colaboración tecnológica y financiera en temas de desarrollo sostenible y energético, ya que algunos de los países de la UE mantienen en ellos un liderazgo global. En los países latinoamericanos existe una enorme necesidad de combatir las consecuencias del cambio climático, y en esta materia la UE ha tomado la delantera en las negociaciones multilaterales.

En la última década, ningún tema internacional ha adquirido tanta relevancia como los problemas relacionados con la política de seguridad. La inseguridad interna e interestatal se ha convertido en un desafío especialmente amenazante para muchos países, en parte debido a la globalización y al surgimiento de nuevos actores, pero también por los cambios sustantivos producidos en las relaciones de poder en el sistema internacional. Mientras tanto, las tradicionales instituciones y alianzas creadas para evitar los conflictos y asegurar la paz siguen más bien orientadas a otro tipo de amenazas y, en consecuencia, crece la demanda de políticas públicas y la creación de nuevas instituciones capaces de enfrentar estos nuevos ti-

pos de desafíos y amenazas, que son más bien de carácter transnacional.

En el ámbito de las relaciones birregionales, hasta ahora la cooperación en temas de seguridad ha tenido un papel secundario, y la mayoría de las actividades en este contexto se han concentrado a nivel bilateral, entre algunos países miembros de la UE y otros puntuales de América Latina y el Caribe. Únicamente en el campo de la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado la UE ha emprendido algunos programas propios, en especial bajo el concepto de corresponsabilidad en temas relacionados con la producción, el tráfico y el consumo de drogas. Tomando en cuenta la prácticamente infructuosa lucha que mantienen muchos Estados latinoamericanos contra actores armados no estatales, carteles y organizaciones criminales, y la necesidad que tienen de realizar profundas reformas en el sector de seguridad –sobre todo, mejorar la preparación de las fuerzas públicas frente a las amenazas transnacionales y aumentar la transparencia en las relaciones cívico-militares–, la UE, por su propio interés y en el marco de una relación birregional, debería prestar más atención a la cooperación en estos campos sensibles. Esta tarea puede ser bastante complicada por la especial sensibilidad de los países latinoamericanos en los temas relacionados con su soberanía, como consecuencia, principalmente, de su propia experiencia

histórica con el intervencionismo estadounidense. Sin embargo, la renuencia de muchos países de la región a profundizar más en su colaboración con los programas de seguridad estadounidenses y el incremento de las amenazas transnacionales dentro de la UE son condiciones que pueden facilitar la profundización de la cooperación en este campo.

No obstante, un punto de especial fricción entre las dos regiones lo constituye la política de exportación europea tanto de armas pequeñas como de sistemas de defensa muy sofisticados, que algunos países latinoamericanos consideran demasiado liberal. La falta de transparencia y coordinación dentro de la UE ha dañado bastante la confianza en la cooperación birregional, puesto que afecta el sensible tema de la soberanía nacional. En razón de su propia credibilidad, una comunidad de Estados como la UE, que internacionalmente se esfuerza en aparecer como paladín de la reducción de conflictos internos y externos, debería procurar introducir controles más estrictos y establecer una regulación conjunta de su exportación de armas. La política de seguridad, a la vista de la urgente necesidad de crear nuevos mecanismos internacionales que respondan a los desafíos que se plantean en los niveles local, nacional, interestatal y transnacional, jugará un papel decisivo en la reformulación de la cooperación birregional dentro de una renovada agenda global.

■ Desafíos de la agenda global

Una comparación de las distintas resoluciones de las cumbres UE-ALC permite reconocer cómo se han ido definiendo las prioridades temáticas de la nueva agenda global dentro de las relaciones birregionales. Desde las Cumbres de Río de Janeiro hasta la de Guadalajara, los temas vinculados a las relaciones birregionales, integración y democracia estuvieron en primer plano, pero a partir de la Cumbre de Viena se han visto desplazados por los problemas multilaterales vinculados a la energía y el cambio climático, como lo demuestra el establecimiento de un diálogo político específico sobre problemáticas del medio ambiente en el ámbito birregional. Este aspecto también pone de manifiesto el mayor liderazgo de la UE a la hora de fijar la agenda, mientras que los países latinoamericanos, en el marco de este importante mecanismo birregional de las cumbres, no han mostrado suficiente dinamismo como para aportar nuevos temas, ni tampoco reaccionan con agilidad y coordinación interna a las propuestas europeas, aunque, por el contrario, sí han sido capaces de actuar diligentemente para fortalecer las relaciones Sur-Sur. Sin embargo, es posible que las nuevas formas e instituciones de gobernanza regional como Unasur y Celac aporten una dinámica diferente a una agenda global compartida.

La búsqueda por parte de la UE del apoyo de los países latinoamericanos

para avanzar en los temas prioritarios de su propia agenda internacional tiene ciertas limitaciones. Aunque se distancie a veces de las posiciones de EEUU en algunos campos de la política multilateral, la UE, sin embargo, toma la precaución de no desafiar directamente los intereses de su aliado más importante. Por esto, los países latinoamericanos sienten cierto recelo a la hora de ser invitados a apoyar iniciativas europeas. La disponibilidad de la región para asumir como propias las prioridades de la agenda «occidental», que en muchos aspectos refleja una aplicación del concepto de *good governance* en el ámbito global, se diluye, por lo menos en algunos Estados latinoamericanos, en la misma medida en que también observan una pérdida de la habitual capacidad de imposición del eje transatlántico en la configuración del sistema internacional. Esta creciente debilidad del eje transatlántico ha quedado patente, por ejemplo, en la profunda crisis de la arquitectura financiera internacional, que ha puesto de manifiesto una enorme vulnerabilidad sistémica e incluso ha cuestionado la propia supervivencia del concepto de integración de la UE y de su moneda europea.

Puesto que hasta ahora la llamada «asociación estratégica UE-ALC» no ha conducido ni a una convergencia de intereses ni a una reconocible compatibilidad normativa y, además, el desafío principal todavía consiste en la elaboración de una agenda global

consensuada, la calificación de estas relaciones birregionales por la UE como «una asociación de actores globales» es quizá más la expresión de un deseo que de una realidad. Posiblemente, contemplando los últimos acuerdos de asociación estratégica concluidos por la UE con Brasil y México sea posible encontrar las claves de las aspiraciones europeas para la coordinación de esfuerzos conjuntos en el ámbito multilateral. Se hace notar, no obstante, la ausencia de este tipo de acuerdo con Argentina, tercero de los países latinoamericanos con presencia en el G-20, que quizás se ha convertido en el foro multilateral más relevante. Sin embargo, la lista de temas incluidos en estos acuerdos de asociación estratégica es tan amplia que prácticamente no excluye ninguno de los problemas significativos cubiertos por la actual agenda internacional. Por ello parece algo ilusorio que, no habiendo sido posible en el pasado lograr la coordinación birregional en aspectos mucho más limitados, se consiga avanzar mucho más en la consecución de la agenda global común de «una asociación de actores globales». Por otra parte, independientemente de que se trate de los urgentes problemas de la arquitectura financiera, del medio ambiente y el desarrollo sostenible o de los asuntos que la UE y América Latina más tratan últimamente, como la pobreza y la cohesión social o el terrorismo y el crimen organizado, todos ellos son negociados por los países de las dos

regiones en otros foros e instituciones multilaterales. Por este motivo, parece dudoso que pueda encontrarse un valor añadido en la coordinación birregional. Especialmente las posiciones tan distintas sostenidas sobre algunos de estos temas en los países latinoamericanos –y ahora también entre algunos Estados de la UE– impiden en muchos casos establecer una posición regional común y, mucho menos, birregional.

El actual paralelismo que supone mantener al mismo tiempo diálogos políticos con países individuales, con mecanismos de integración subregional, y también a nivel interregional y multilateral, desborda claramente la capacidad de actuación de ambos lados y, además, crea precedentes políticos que son un lastre para cualquier tipo de diálogo en distintos niveles. Al mismo tiempo, también constituye un impedimento para lograr la suficiente flexibilidad ante los nuevos desafíos que se presentan en la agenda global. Sería más razonable circunscribir los

diálogos birregionales a aquellas temáticas prioritarias para ambas partes en las que existan posibilidades reales de alcanzar una coordinación que permita incrementar efectivamente el poder de negociación de la UE y América Latina y el Caribe a nivel multilateral. La crisis económica en Europa y su pérdida de relevancia internacional, por una parte, y los avances políticos y económicos y un mayor peso internacional de los países latinoamericanos, por otra, son condiciones que complican aún más la formulación de una agenda común y el alcance de beneficios mutuos que se esperan de una relación birregional. La reducción de la tradicional asimetría, no obstante, puede favorecer la búsqueda más realista de una fórmula de cooperación entre las dos regiones en un mundo multipolar. En todo caso, parece imposible considerar que el continuismo en el carácter y contenido de las relaciones birregionales pueda ser viable para lograr un acercamiento entre Europa y América Latina como se viene deseando desde hace varias décadas. ☐